

SEBASTIÁN CHILANO

MÉNDEZ

opus nigrum



VESTALES

Chilano, Sebastián
Méndez, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2014.
176 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-1405-88-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela Policial . I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

© Editorial Vestales, 2014

Cantilo 946, San Martín
Provincia de Buenos Aires, Argentina
info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-1405-88-6

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Liliana y Agustín.

Méndez es un apellido común. No sé qué mierda significa, pero no debe de ser nada bueno. Nada importante. Los apellidos importantes son raros o compuestos. Los simples no llegan a nada. No hay ni habrá un presidente en este país con un apellido tan insulso. Aunque los apellidos más comunes también pueden cagarnos la vida.

El contador mueve el volante, y el auto obedece al entrar y salir de la rotonda. Su hijo mira hacia la avenida Constitución, que queda atrás.

—No. Hoy no vamos a los juegos —dice el contador al notar la mirada perdida del hijo—. Gracias a Méndez, hoy vamos a hacer algo distinto. —Le toca la cabeza y, aunque parece un gesto cariñoso, en realidad es para correrlo y ver en el espejo retrovisor si viene otro auto—. Un presidente de este país tenía un apellido capicúa y nadie lo nombraba porque decían que era mufa. ¿Sabés cómo le decían para contrarrestar ese efecto? Le decían Méndez.

El contador deja de hablar. Disminuye la velocidad del auto mientras se mueve hacia el carril de la derecha y busca un lugar donde estacionar. Si su hijo le preguntara, le diría que ese es el tramo de la ruta 11 que más le gusta, pero Martín ni siquiera le pregunta por el verdadero nombre del presidente capicúa. El contador aminora la marcha y estaciona en

un lugar donde puede dejar el auto y vigilarlo desde las rocas al borde del mar.

—El día mejora —se dice a sí mismo.

Enciende el teléfono celular. Hay dos llamadas perdidas de su mujer.

—¿Querés alfajor?

El contador ofrece el paquete, Martín lo arrebató y rompe el envoltorio con rapidez. Abre la boca y da un mordisco que arranca la mitad. Traga y tose.

—Te vas a atorar. Tomá un poco de agua. —Martín trata de llevarse el resto del alfajor a la boca, pero el contador le agarra la mano, forcejea y se lo impide—. Tomá un poquito de agua, ¿querés?

Martín obedece. El contador rompe el envoltorio de su barra de cereal y le da una mordida pequeña.

—Esto es un asco —dice y le saca el alfajor.

Martín, sorprendido, trata de recuperarlo. Con una mano el contador lo aleja y con la otra se mete lo que queda de alfajor en la boca. Martín deja de hacer fuerza. El contador abre la boca para mostrarle la pasta negra que es el alfajor entre sus dientes.

—¿Querés? —se burla y cierra la boca.

Martín no llora, pero los ojos negros, aún más negros que sus ojeras, se congestionan.

—Tampoco es para tanto —dice—. Tomá. Te doy la barrita.

Martín la agarra, le da un mordisco pequeño y mastica con desconfianza.

—Es un asco, sí. Pero es lo que te obligan a comer después de los cuarenta para cuidarte del colesterol y todas esas mierdas.

Martín gira la cabeza hacia el costado donde está el mar. Mastica sin pestañear y termina de comer la barra de cereales. El contador le ofrece agua y no acepta.

—No seas rencoroso —dice y mete la mano en el bolsillo derecho del saco—. Tengo otro alfajor, ¿o en serio pensaste que puedo ser tan cruel?

Martín acepta el alfajor y sonrío. El contador deja la botella de agua y agarra la sección de clasificados.

—Vení. Ponete al lado mío, que nos sacamos una foto para tu madre. —Martín se acerca—. Pero no sonrías. Que es un chiste.

El contador saca dos fotos con el teléfono celular. Elimina la que no le gusta y envía la otra a su mujer sin molestarse en esperar respuesta.